

gacion de si mismos; ahora, esa su oracion, exornada con los resplandores de este solo dogma de la Divinidad de Jesucristo, no raras veces ha venido á acabar, cual si fuese la oracion sublime de personas muy contemplativas, por perderse en el seno mismo de la Beatísima Trinidad, donde han gustado dulzuras tan inefables, que su lengua es incapaz de explicar; y á cuyos sugetos, no sin razon, puede aplicárseles, siquiera por el momento, las siguientes palabras del Dante:—

*Al Padre, al Figlio, allo Spirito Santo
Cominciò gloria tutto 'l Paradiso;
Si che m' inebriava il dolce canto.*

*Ciò ch' io vedeva mi sembrava un riso
Dell' universo; perché mia ebbrezza
Entrava per l' udire e per lo viso.*

*¡O gioia! ¡O ineffabile allegrezza!
¡O vita intera d' amore e di pace!
¡O senza brama sicura ricchezza! (1)*

(1) La Divina Commedia. — II. Paradiso. — Canto XXVII.

SECCION VI.

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto.

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes:—¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la accion de gracias en general? ¿cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros dias de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor ha tenido la dignacion de concedernos á manos llenas? Aconséjanos sabiamente San Ignacio, que comencemos todos los dias nuestro exámen de conciencia, contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias: ¿hemos guardado fielmente, siquiera esta pequeña práctica de devocion y agradecimiento? No pocas personas llegan á consagrar ciertas horas del dia al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algun breve rato á la accion de gracias? Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita

de aquellas cosas y personas por quienes tienen intencion de rogar: ¿guardamos nosotros una minuta parecida de los beneficios por los cuales deseamos rendir diariamente las debidas gracias á nuestro Padre celestial? ¿Cuántas veces, para alcanzar algun especial favor del cielo, no hemos estado asediando el trono de la gracia, durante semanas enteras, con Padrenuestros, Ave-Marías, Misereres, Memorares, rosarios, Comuniones y hasta penitencias! ¿Cuál fué, pues, y en qué proporcion ha estado nuestro hacimiento de gracias con las súplicas que elevamos á los piés del Rey de la majestad, luego que el Señor tuvo al fin la dignacion de condescender benigno á nuestros ruegos importunos? ¿Cuánto tiempo gastamos entónces en la práctica del agradecimiento por el beneficio recibido? ¿en qué consistió semejante ejercicio? ¿con qué nuevo fervor y aumento de amor divino iba acompañado? ¿Redújose acaso á un solo *Te Deum*, á un simple y atropellado *Deo gracias*, lanzándonos en seguida precipitada y descortesmente á tomar afanosos el don que Dios nos ofrecia, arrancándosele, digámoslo así, de sus benditas manos, cual si fuese un salario, para no volvernos despues á acordar jamas de semejante dádiva graciosa, contentándonos con aquel

general y vago afecto de agradecimiento que tuvimos al tiempo de recibirla? Sobrados motivos ¡ay! existen ciertamente para avergonzarnos de esta nuestra mala correspondencia á los beneficios divinos; porque, léjos de abrigar en nuestro corazon un espíritu constante de gratitud, un vivo y perpetuo recuerdo de las misericordias divinas, una regularidad amorosa y no interrumpida en nuestras adoraciones y sacrificios de accion de gracias; continuamos esperando que el Espíritu Santo toque por sí mismo nuestra voluntad con el sentimiento íntimo de nuestras obligaciones para con Dios, y con la conciencia de nuestra dependencia hácia su divina Majestad, cruzándonos, digámoslo así, de brazos, hasta despues que aquel Espíritu Consolador ha desempeñado semejante ministerio; y aun así correspondemos friamente á su divino llamamiento, por manera que dejamos á cargo suyo que Él supla nuestro agradecimiento, cuando debiéramos nosotros ofrecérsele de muy buena voluntad y con generoso y abundante amor divino. Verdad es que nunca podremos anticiparnos á sus divinos auxilios, ni siquiera para concebir un solo pensamiento bueno; y así nuestra falta está únicamente en no corresponder á su primer toque ó llama-

miento, aguardando á que nos obligue por una fuerte presion interior: si un hermano nuestro se portase con nosotros segun nos conducimos con nuestro Dios y Señor, de seguro que no hallaríamos expresiones con que encarecer la bajeza de semejante conducta, indigna de un alma verdaderamente agradecida. Responded, pues, con la mano puesta en el corazon á vuestro Ángel de Guarda, y decidme luego si todavía creéis que exageraba, al aseguraros que la desproporcion entre el hacimiento de gracias y la oracion es uno de los fenómenos más espantosos de la naturaleza.

Y bien; ¿cuál es la causa de semejantes anomalías?—impórtame muy poco repetirlo una y mil veces, hasta el punto de que llegue á causaros fastidio el leerlo, si yo consigo grabarlo profundamente en vuestra memoria;—la causa, digo, de conducta tan extraña, no es otra más que nuestra perversa obstinacion en rehusar mirar á Dios como á nuestro Padre. Prescindiendo de la culpa manifiesta, dificilmente exista una sola miseria de la vida, que no proceda de esas severas, tétricas y ruines nociones que nos forjamos en nuestra mente acerca de Dios nuestro Señor: hé aquí, pues, la raiz del mal. Así es que si deseais de todas véras ser

muy otros de lo que soís, menester es que la apliqueis luego la segur: cualquiera otro medio, no curará vuestras dolencias espirituales, á pesar de vuestra meditacion, exámen de conciencia, rosario, etc., segun ya tantas veces lo habeis experimentado. En efecto, ¿cuántos sujetos no estamos viendo ejercitarse diariamente con admirable constancia en la práctica de la meditacion, sin que hayan logrado adelantar un solo paso en el camino de la virtud, ni enfrenado sus malas pasiones, ni suavizado su carácter agreste y desabrido? tienen el hábito, no el don de la oracion. En su consecuencia, bien podeis hacer cuantas penitencias os agraden, que léjos de inflamaros en el fuego de un puro y sincero amor de Dios, endurecerán vuestro corazon con el engaño de una humildad llena de vanagloria, y los mismos Sacramentos funcionarán en vuestras almas, únicamente cual máquinas descompuestas. Ora os lamentéis de vuestro escaso aprovechamiento en la vida espiritual; ora deploreis con lágrimas amargas la ausencia de toda devocion sensible; bien os angustie vuestra incapacidad para formar y cumplir resoluciones generosas; que os apesadumbren aquellas molestas reincidencias en imperfecciones indignas de un verdadero cristiano; ya os desconsuele

la falta de reverencia en la oracion, ó la dureza y desabrimiento con que os atreveis á tratar á vuestros prójimos; semejantes defectos, tenedlo bien entendido, casi siempre nacen de aquellas severas nociones que os habeis formado de Dios nuestro Señor; y por lo tanto, si deseais de todas véras cambiar de vida, menester es que arranqueis de cuajo dichas ideas acerca de la Divinidad; que cultiveis un afecto filial hácia tan cariñoso Dueño; que pidais con vivas ansias al Espíritu Santo el don de *piEDAD*, cuyo oficio especial consiste en producir en el alma de los cristianos semejante afecto devoto; que vuestro culminante y primordial concepto sobre Dios, sea de aquel Señor *de quien procede toda la paternidad que existe en el cielo y en la tierra*; que recordéis que el Espíritu de Jesús es el único Espíritu verdadero, y el Espíritu de adopcion por el cual clamamos Abba, Padre. Jamas, repito, lograreis llevar una vida verdaderamente cristiana, miéntas vuestras nociones de Dios como Padre amoroso, no desvanezcan todas las otras nociones que de Él os habeis formado; ó á lo ménos, hasta que estas últimas no se encuentren colocadas en subordinacion armoniosa con las primeras, que es lo que constituye la esencia, el alma del

Evangelio y la vida misma de las enseñanzas de nuestro Salvador adorable: no podia un hombre hacer obra más excelente, que consagrar toda su vida al apostolado de esta única idea, la Paternidad compasiva de Dios.

En materia de progreso espiritual, nuestros intereses se identifican con la gloria divina; y ved aquí otra nueva invencion de la caridad ingeniosa del Criador hácia los hombres, que inspirará en nuestro ánimo mayor aficion á la práctica de la accion de gracias, considerando los beneficios que, bajo el punto de vista espiritual, nos resultan de semejante ejercicio piadoso: el adelantamiento en la santidad, no es más que el descenso continuo, sobre nuestras almas, de aquellas gracias que coronan todo acto de correspondencia por nuestra parte á las gracias anteriormente recibidas; y nada hay, á juicio nuestro, que tanto multiplique en nosotros las gracias, ni que con más eficacia mueva á Dios á abrirnos de par en par las puertas de sus riquísimos tesoros, como la práctica devota de la accion de gracias. Pero no es esta la única ventaja que nos ofrece el hacimiento de gracias para alcanzar la santidad; es menester que tomemos asimismo en cuenta los efectos maravillosos que semejante devocion pro-

duce sobre nuestras almas: no pocas personas se afanan por adelantar en el camino de la virtud, mas no parece sino que una especie de mano oculta las estorba el paso; porque el hecho es, y ni lo conocen siquiera, que jamas han llegado á convertirse enteramente á Dios: permanecieron muy poco tiempo en la via purgativa de la virtud cristiana; regatearon con Dios los servicios que de justicia le son debidos; se reservaron ciertos alejamientos poco agradables á los divinos ojos, ó desearon despojarse de los hábitos viciosos floja y gradualmente, para de esta suerte evitarse la molestia de una pronta y eficaz conversion. Ahora bien; la accion de gracias, suave, pero imperceptiblemente, cambia nuestra religion en un servicio de amor: indúcenos á mirar todas las cosas bajo el punto de vista divino; á ponernos del lado de Dios, aun contra nosotros mismos; á identificarnos con sus intereses, hasta cuando parece que se hallan en abierta oposicion con los nuestros; á romper, en su consecuencia, más eficazmente con el mundo, renunciando de lleno á todas sus pompas y vanidades; á profundizar hasta el origen y raiz del conocimiento de nuestra propia vileza, la cual es peor todavía que la misma nada en la presencia de

Dios: y ¿qué es todo esto sino hacer nuestra conversion más total y completa?

Ni es menor el efecto de la accion de gracias sobre nuestro adelantamiento en la santidad: todo progreso en la vida espiritual nace del amor, y el amor es, al mismo tiempo, causa y efecto de la accion de gracias: lo que el aire y la luz son á las plantas, eso es á las virtudes la presencia de Dios; y la práctica de la accion de gracias es la que hace casi habitual en nuestras almas semejante presencia sensible de Dios, porque continuamente está excitándonos á contemplar las misericordias divinas que de otro modo no hubiéramos notado, y colocándonos en disposicion más conveniente para apreciar su valor, sondeando algunos grados el abismo inconmensurable de la condescendencia de Dios, fuente inagotable de dichas bondades para con los hombres: muévenos, además, el ejercicio de la accion de gracias á lamentar, con lágrimas amargas, la ausencia de semejante devocion en nuestros hermanos, cuya afliccion y tierno llanto mantienen nuestro amor de Dios en toda su delicadeza y sensibilidad, y engendran en nuestra alma aquel dulce espíritu de reparacion, especial prerogativa del adelantamiento en la santidad: se dilatan los

senos de nuestro corazon, miéntras estamos engrandeciendo á Dios, dilatacion que nos solicita á correr con lijereza por el camino de los divinos mandamientos, que ántes andábamos solamente á pasolento y como á remolque: sentimos asimismo dentro de nosotros una fuerza secreta para vencer los obstáculos que se nos ponen delante, y desvanecer y menospreciar toda suerte de temor; una completa libertad de espíritu en el bien obrar, que anteriormente no solíamos sentir; y todo esto es porque la accion de gracias nos ha hecho medir la altura inconmensurable de la bondad infinita de Dios y la profundidad de nuestra vileza, y así nada nos parece demasiado, nada difícil y grandemente penoso, cuando en ello está interesada la gloria del Altísimo: como Areuna, en el tiempo de la pestilencia, ofrecemos al Rey de la majestad ricos presentes, cual suelen hacerlo con nosotros los monarcas de la tierra, esto es, con profusion y á manos llenas, pues nuestros corazones ciñen la brillante corona de la accion de gracias.

Yerran, pues, gravemente todos aquellos que menosprecian las consolaciones y felicidad que se experimentan en la religion, el gozo en los divinos servicios, la dulzura en la oracion, la suavidad y alegría en la mortificacion y los re-

galos en la devocion. Verdad es, que cuando Dios rehusa á los fieles semejantes recreaciones espirituales, ciertamente que no siempre lo hace por estar airado con ellos, ó en castigo de alguna maldad; y cualquiera que sea la causa que mueva al Señor á privarnos de dichas consolaciones, nuestra principal obligacion es resignarnos humildemente á su dulce, aunque inexcrutable voluntad divina; pero esto no impide que todas las consolaciones susodichas sean instrumentos muy eficaces para la santidad y la perfeccion, y en su consecuencia, que no puedan desearse y codiciarse ardientemente, si bien con espíritu humilde y rendido. ¡Cuántas veces no sucede, que personas que no gozan de ninguna dicha en la religion, que están continuamente viviendo en sequedad de corazon, privadas de las dulzuras y consolaciones espirituales; llegan á caer en un desmayo y desfallecimiento tal, que no parece sino que todo lo van abandonando, hasta descuidar el mismo cumplimiento de sus más sagradas obligaciones! Aun durante la Misa y las grandes solemnidades de la Iglesia, un tupido velo cubre tan fuertemente el corazon de semejantes sugetos, que ni la música, ni la magnificencia y esplendor del culto, ni la real Presencia de Dios, son capaces de penetrar ni causar en él

la más lijera conmocion: los beneficios divinos les son tan enojosos, como los castigos para la generalidad de los mortales; la oracion es una penitencia, la confesion un tormento, la Comunion un verdadero suplicio: aquello que Dios bendice por amor suyo, les desazona como una úlcera; lo que Él llena de dulce paz, les incomoda: no apetecen ninguna otra luz más que la lobrez de su perversa extravagancia, ni gustan oír otra cancion que la de su mal humor y propia ridiculez. Indagad, pues, si han poseido alguna vez semejantes personas un espíritu de accion de gracias, y habreis entónces exactamente dado con el hilo de la dificultad: acaso sean convertidos á la santa fe católica, quienes obedecieron á la gracia de la vocacion con cierta repugnancia; que cuando entraron en el gremio de la Iglesia, verian dificultades por todas partes, desde el Papa y cardenales, hasta el último fiel de la cristiandad; que doquiera les rodearian males imaginarios sin cuento; que de todo criticaban, que nada les parecia bueno, que todo en la Iglesia era, en fin, para ellos desabrido, vulgar, monótono, prosáico. Así es que, sea por lo que quiera, estos infelices convertidos han sido verdaderamente unos desgraciados desde el principio de su conversion, ¿y por qué? En-

cerrados en sí mismos, llenos de amor propio, no buscando más que consolaciones y hambrientos de simpatías, dificilmente han caido alguna vez de hinojos, cual niños inocentes y candorosos, á los piés del trono de Dios, para darle gracias por el milagro de amor que Él obrara en favor suyo, introduciéndoles dentro del seno de la verdadera Iglesia, donde al presente se encuentran viviendo: un corazon agradecido hubiera recibido gozosa y alegremente todas esas dificultades, propias de principiantes, esto es, de su nueva situacion y género de vida, como una penitencia merecida de justicia por la dureza de su corazon, que tanto dió que hacer á la gracia, y tan heróicos esfuerzos la ha costado, para ver de ablandarle durante todo el proceso de la conversion; pero semejantes personas fueron desagradecidas, y así es cómo no son felices y dichosas en la religion: demos rendidas gracias á Dios, por ser tan escaso el número de tales sugetos. Ved aquí, pues, en todo cuanto acabamos de exponer, otro punto que debe tenerse muy en cuenta: la felicidad en la religion nace del espíritu de accion de gracias.

Expliquemos ahora en dos palabras, cómo por medio de la devocion de accion de gracias podemos ejercitar los tres instintos ó caracteres de

los Santos, es decir, promover la gloria de Dios, fomentar los intereses de Jesús y procurar la salvación de las almas. Primeramente, la gloria de Dios:—Nuestro Dios y Señor, en sus entrañas de misericordia, ha querido que su gloria inefable dependa en gran parte de las alabanzas y acciones de gracias de sus criaturas: la acción de gracias fué uno de los fines que le movieron á crearnos; así es que no hay cosa alguna que más contribuya á defraudar la gloria del Altísimo, como la negligencia y olvido de la acción de gracias; y consiguientemente, nada hay asimismo, que Él anhele con tan vivas ansias de sus fieles siervos, como la reparación de semejante ultraje con que le están ofendiendo no pocos hijos ingratos en todos instantes del día y de la noche; porque es imposible tributarle con devota atención las debidas acciones de gracias, sin que al propio tiempo estemos promoviendo su mayor honra y gloria. Ya llevo dicho que el gozo resulta de la acción de gracias; y el espíritu de gracias, no solo parece que acompaña al gozo, fruto especial de Espíritu Santo; sino que se manifiesta claramente en todas aquellas devociones que tienen alguna relación con el gozo. En efecto, aquellos que han profesado una singular devoción á San Rafael, el Ángel

del gozo, generalmente han atesorado en su corazón un don más que ordinario de acción de gracias; y prescindiendo ahora de los ejemplos de los Santos que más llegaron á señalarse en la devoción de la acción de gracias, como San Juan de la Cruz, la Beata Benvenuta, Santa Jacinta Mariscotti y otros; lo vemos hasta en el libro mismo de Tobias:—*Padre! causóme gozo;*—hé aquí el carácter que el joven Tobias atribuye á San Rafael. Estando ya este Espíritu bienaventurado á punto de darse á conocer, les dijo:—«Benedicid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, por haberos mostrado su misericordia; porque bueno es ocultar el secreto de un rey, pero es honroso el descubrir y confesar las obras de Dios... Cuando me hallaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios: bendicidle, pues, y cantadle alabanzas... Tiempo es ya de que vuelva á Aquel que me envió; mas vosotros bendicid á Dios y publicad todas sus maravillas.»—Probablemente, al separarse de ellos, les permitió ver un vislumbre ó destello de la hermosura angelical que le engalana; pues inmediatamente entraron en un éxtasis de tres horas, y lo que dejó tras sí, fué el espíritu de acción de gracias:—«Postrándose entonces por tres horas sobre su rostro, bendi-